

## **Solemnidad de la Santísima Trinidad**

### **Primera lectura del Libro del Éxodo (Ex 34, 4b-6. 8-9)**

En aquellos días, Moisés subió de madrugada al monte Sinaí, llevando en la mano las dos tablas de piedra, como le había mandado el Señor. El Señor descendió en una nube y se le hizo presente.

Moisés pronunció entonces el nombre del Señor, y el Señor, pasando delante de él, proclamó: “Yo soy el Señor, el Señor Dios, compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel”.

Al instante, Moisés se postró en tierra y lo adoró, diciendo: “Si de veras he hallado gracia a tus ojos, dignate venir ahora con nosotros, aunque este pueblo sea de cabeza dura; perdona nuestras iniquidades y pecados, y tómanos como tu herencia”.

### **Salmo Responsorial**

#### **Daniel 3, 52. 53. 54. 55. 56**

R. Bendito seas, Señor, para siempre.

Bendito seas, Señor, Dios de nuestros padres:  
Bendito tu nombre santo y glorioso.

Bendito seas en el templo santo y glorioso.  
Bendito seas en el trono de tu reino.

Bendito eres tú, Señor,  
que penetras con tu mirada los abismos  
y te sientas en un trono rodeado de querubines.  
Bendito seas, Señor, en la bóveda del cielo.

### **Segunda Carta del Apóstol San Pablo a los cristianos de Corintio (2 Co 13, 11-13)**

Hermanos: Estén alegres, trabajen por su perfección, anímense mutuamente, vivan en paz y armonía. Y el Dios del amor y de la paz estará con ustedes. Salúdense los unos a los otros con el saludo de paz. Los saludan todos los fieles. La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén siempre con ustedes.

### **Evangelio según San Juan (Jn 3, 16-18)**

“Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por él. El que cree en él no será condenado; pero el que no cree ya está condenado, por no haber creído en el Hijo único de Dios”.

### **Homilía**

## Un Dios distinto

Eduardo Casas

### 1. Un Dios que no condena

Este domingo la liturgia celebra la solemnidad de la Santísima Trinidad. Hay algunos cristianos que al escuchar esta denominación piensan que se celebra la memoria de una santa muy especial, una que es “santísima”. Esto nos hace ver la real situación de muchos cristianos y la necesidad que tenemos, en la comunidad creyente, de volver a un anuncio original (en el sentido de los orígenes) de la fe, a las raíces primeras y a los contenidos fundantes.

Cuando hablamos de la “Santísima Trinidad” estamos anunciando la experiencia y la imagen de Dios tal como la concibe la fe cristiana. El “Nombre” de Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ese “Nombre” particularizado, en cada una de sus denominaciones (Padre, Hijo y Espíritu), ha sido revelado por Jesús. Él nos muestra un nuevo Nombre, una nueva imagen, una nueva experiencia y un nuevo vínculo con Dios.

A partir de su experiencia de Dios, como judío sumergido en la tradición espiritual de su pueblo, no elaboró ninguna teoría intelectualmente sofisticada o una novedad teológica acerca de Dios, tampoco lo aprisionó en la interpretación de la Ley religiosa, sino que compartió sencillamente con sus seguidores su propia vinculación con Dios y los invitó a relacionarse confiadamente de manera similar –en una actitud filial de hijos– con ese Dios que Él llamó “Abbá”: *“posiblemente no haya una palabra que exprese mejor a autorrevelación de Dios que la palabra “Abbá-Padre”. “Abbá” es una expresión aramea, que se ha conservado en el texto griego del Evangelio de Marcos (14, 36). Aparece precisamente cuando Jesús se dirige al Padre. Y aunque esta palabra se puede traducir a cualquier lengua, en labios de Jesús permite percibir mejor su contenido único e irrepetible”*.<sup>1</sup>

Siendo judío, Jesús tomó lo más rico de la tradición religiosa de su pueblo, expresada fundamentalmente en el Antiguo Testamento y dio un salto cualitativo en la comprensión de Dios mostrándolo de una manera absolutamente distinta. Siendo el mismo Dios uno y único de la fe de Israel, Jesús manifestó la plenitud de su imagen, creando así una irrupción con el Antiguo Testamento. A partir de entonces, el Dios de los judíos no es el mismo que el Dios de los cristianos, aunque compartan las mismas raíces bíblicas.

De hecho, la primera lectura de hoy tomada del libro del Éxodo, muestra una de las más hermosas imágenes del Dios del Antiguo Testamento. Moisés está en un amanecer en la montaña del Sinaí, también llamado monte Horeb, situada al sur de la península del Sinaí, al noreste de Egipto, entre África y Asia.

En ese lugar, los israelitas están en tránsito por el desierto en busca de la Tierra Prometida. Moisés sube a la montaña llevando las Tablas de piedra de la Ley, el registro

---

<sup>1</sup> CATHOLIC.NET. *Catequesis de SS Juan Pablo II*. Julio 21 de 1987.  
<https://es.catholic.net/op/articulos/17253/cat/684/abba.html#modal>

fundacional de la religión judía y la materialización del pacto con Dios que regirá el vínculo con su Pueblo.

Por su parte, el Señor aparece en una nube<sup>2</sup> y se remarca su dirección descendente. Dios condesciende al contacto humano con Moisés. Cuando en la Palabra de Dios aparece una nube, no hay que tomarla como un elemento atmosférico y climatológico, sino como un signo de la presencia cercana y actuante de Dios. La nube manifiesta la cercanía y la lejanía del Dios que se revela. Su inmanencia y su trascendencia. En el Antiguo Testamento la nube acompaña al Pueblo peregrino por el desierto<sup>3</sup>, está en las carpas de los campamentos del desierto<sup>4</sup>, en los portentos de la naturaleza<sup>5</sup> y en el recinto sagrado del Templo.<sup>6</sup> En el Nuevo Testamento, la nube aparece en la Transfiguración de Jesús.<sup>7</sup>

Mientras Moisés está en la Montaña, *“invocó el nombre del Señor”* y *“el Señor, pasando delante de él, proclamó: Yo soy el Señor, el Señor Dios, compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel”* (Ex 34,5-6). La invocación del Nombre de Dios está unido a la experiencia de su compasión, clemencia, paciencia, misericordia y fidelidad. Moisés lo adora y lo invita a peregrinar con su pueblo: *“dígnate venir ahora con nosotros”* (34,9). Dios transita la historia con los pasos de su pueblo y comparte el mismo destino que él. Es su compañero de ruta.

Dios -desde la nube- *“permaneció allí, junto a Moisés”* (Ex 34,5). Se manifiesta como un Dios que se queda, que permanece al lado, que se hace amigo, que acompaña. No está simplemente de paso. Visita y camina con su pueblo. La oración de Moisés resulta entrañable en su pedido: *acompañanos, condúcenos por la vida, aunque seamos un pueblo obstinado.*

El Dios que se revela a Moisés, aún no es el Padre que manifiesta Jesús; sin embargo, es el mismo Dios que muestra su corazón paternal: *“compasivo, clemente, paciente, misericordioso y fiel”* (Ex 34,5-6); un Dios capaz de perdonar: *“perdona nuestra culpa y nuestro pecado, y conviértenos en tu herencia”* (Ex 34, 9). Toda esta riqueza del Dios de Moisés llega a su plenitud en el Dios anunciado por Jesús.

Por su parte, el salmo responsorial, tomado de un cántico del profeta Daniel hermosamente bendice el Nombre de Dios y muestra su majestad: en su trono, en el Templo, por sobre los abismos, los seres celestiales y los cielos.

La segunda lectura -la Segunda Carta del Apóstol San Pablo a los Corintios- afirma que *“Dios del amor y de la paz”* (13,11) se prodiga en la *“gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo”* (13,13). La gracia, el amor y la comunión son los frutos plenos del nuevo rostro de Dios revelado por Jesús.

La gran manifestación de Dios en el Nuevo Testamento consiste en expresarlo como *“el Dios del amor”* (13,11). A tal punto llega la identificación del amor que se

<sup>2</sup> Cf. Ex 34, 5.

<sup>3</sup> Cf Ex 13,21-22.

<sup>4</sup> Cf. Nm 16,42.

<sup>5</sup> Cf. Dt 4,11.

<sup>6</sup> Cf. Lv 16,2; 1 Re 8,10-12.

<sup>7</sup> Cf. Mt 17,5.

afirma: “*Dios es amor*” (1 Jn 4,8.16). Ese es el punto culminante de la revelación y de la imagen paterna de Dios revelada por Jesús.

De hecho, en el Evangelio de hoy, se afirma “*tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único*” (Jn 3,16). Lo propio del amor es la entrega. Quien no se entrega, no ama y quien no entrega lo más amado, no llega al amor más profundo. Dios no tiene más amor que su Hijo y no tiene mayor entrega que ofrecerlo a nosotros. Cualquiera que sea padre sabe que el mayor amor de la vida, el más incondicional, el que siempre permanecerá y del cual nadie se puede desvincular, es el amor de los hijos. Por ellos, un padre (o una madre) está dispuesto a hacer cualquier sacrificio y, ciertamente, no hay mayor sacrificio que entregar, como padre (o madre), la vida de un hijo. La ausencia de un hijo es del todo irreparable.

El que Dios sea amor para nosotros, se experimenta, desde esa entrega. En Dios, amor y entrega constituyen la misma acción. La entrega del Padre realiza el envío de su Hijo al mundo. En este don no hay lugar para el juicio, ni para la condenación, sino la máxima oferta de salvación que Dios nos puede dar.

Jesús -y todo el Nuevo Testamento- no presentan la imagen de un Dios de condenación. Las representaciones de un dios culpabilizador, castigador, justiciero, vengativo y sádico –imágenes lamentablemente comunes, tanto en la dimensión psicológica, como en la espiritual de muchos creyentes- no son adecuadas a la experiencia cristiana.

Estas imágenes no siempre son representaciones explícitas conscientemente, sino fundamentalmente consisten en pulsiones inconscientes que se manifiestan en palabras, actitudes, acciones y conductas.

Hay que convertir todo impulso de juicio, de condenación y de reprobación que tengamos para con los demás. Hay que elaborar permanentemente la imagen que tenemos de Dios ya que, a menudo, no es Dios en sí mismo, sino la imagen que tenemos de Él la que nos dificulta crecer en la fe.

El Evangelio de hoy termina con una apelación a la libertad personal. Ante el ofrecimiento de amor, de entrega y de salvación que el Padre otorga queda solo la respuesta de nuestra libertad: “*el que cree no será condenado. El que no cree ya está condenado*” (Jn 3,18).

La expresión que utiliza el Evangelio es fuerte. La reprobación es solo aquella posibilidad de la libertad humana que se niega al amor de Dios, manifestado en la entrega de su Hijo. Por otro lado, el que cree, ya está salvado. El amor de Dios lo protege.

## **2. Tiempos para una nueva imagen de Dios, una nueva imagen de humanidad, una nueva imagen de sociedad y una nueva imagen de eclesialidad.**

Así como en la primera fase de la pandemia se necesitaba palabras y actitudes de consuelo para el miedo, el desconcierto, el sufrimiento, la enfermedad y la muerte; ahora necesitamos palabra y actitudes de esperanza para posicionarnos frente al futuro post-pandemia.

La nueva imagen de Dios manifestada por la persona y la misión de Jesús abrió, en su momento, una novedad religiosa que impactó en todas las dimensiones de la vida personal y social, configurando el mundo que hemos conocido desde el origen del cristianismo hasta ahora, con todas las transformaciones históricas suscitadas hasta el presente.

La pandemia -con su aislamiento y su confinamiento (en unas primeras semanas estricto y luego más flexible)- cuyo símbolo por antonomasia fue el cierre, en el escenario público, de puertas de comercios, hoteles, fábricas, escuelas, estadios y templos ha sido una gran metáfora de otro cierre de puertas a un tipo de sociedad, de economía, de política, de ecología, de sanitarismo, de consumo y de exclusión que merece la pena pensar si esas puertas deben nuevamente abrirse o si cerradas nos posibilitan encontrar otras puertas, con otras direcciones y caminos que, como humanidad y como Iglesia, debemos inaugurar.

Recordemos que el mismo Jesús dijo de sí: *“Yo soy la puerta. El que entra por mí se salvará”* (Jn 10,9). Hay que abrir puertas a otro mundo posible, a otro estilo de sociedad, dejándonos inspirar por el Reino humanizador y humanizante que anunció el Señor.

Es tiempo de un nuevo profetismo en el Pueblo de Dios que posibilite re-lecturas constructoras de sentido para interpretar la realidad emergente y nos permita encontrar una narrativa adecuada a esta experiencia que estamos transitando y a una necesaria resignificación en la comprensión de las situaciones que vivimos.

Algunos son pesimistas frente a las consecuencias de la pandemia y a la posibilidad de realizar algún cambio; otros, sin dejar de ser realistas, son impulsores de un horizonte distinto. No importa si es a corto o a largo plazo. La esperanza es promotora de la utopía de una sociedad mejor posible y este anhelo no es una evasión. Es un derecho y un deber que tenemos: procurar un mundo post-pandemia mejor del que existió pre-pandemia.

También para los creyentes, las puertas cerradas y las puertas abiertas, son toda una metáfora. Ahora que están abiertas las puertas de los templos, hay que impulsar la apertura pastoral para recrear algunas mediaciones religiosas y adecuarlas al lenguaje que usan los creyentes hoy.

Es preciso salir de una Iglesia cuya pastoral está excesivamente dependiente y centrada en el ministerio sacerdotal. Incluso hay que repensar el mensaje que estamos dando en esta pandemia con la figura de celebraciones transmitidas por diversas redes sociales en donde hay una Iglesia vacía, sin comunidad y solo un sacerdote celebrando hablando a una pantalla.

La Iglesia en salida de la que habla el Papa Francisco empieza por salir de lenguajes que ya no dicen nada; salir de presupuestos de fe que los demás no tienen, salir paradigmas que ya no funcionan; salir de organizaciones que son caducas y no responden a las necesidades reales de la gente; salir de estilos eclesiales que ya no se entienden en la sociedad; salir de la autorreferencialidad eclesial en la cual solo nos miramos y actuamos entre nosotros.

La Iglesia en salida es primero una actitud interior que no tiene nada que ver con que los templos tengan la puertas cerradas o abiertas. El aislamiento no supone un confinamiento espiritual: *“no intentemos reabrir las puertas que el Espíritu va cerrando. Esto exige nuestra colaboración, creatividad, iniciativa y conversión. ¿Seremos capaces de discernir en estas puertas que se cierran y se abren, un nuevo signo de los tiempos, una siempre nueva y sorprendente acción del Espíritu del Señor?”*<sup>8</sup>

El tiempo actual es un reto a los creyentes para vivir la experiencia de un Dios que es amor humanizado y que cuida solícitamente del mundo. Abramos nuestras puertas a la novedad a la cual nos invita la época que estamos transitando y el tiempo nuevo que estamos inaugurando. Es hora de que los vinos nuevos comiencen a tener también odres nuevos.

### **Preguntas para el discernimiento**

1. ¿Has puesto atención en tu propia experiencia de vida para poder descubrir cuál es la imagen de Dios que allí se manifiesta?
2. ¿Qué puertas se han cerrado y qué puertas se han abierto en esta pandemia según tu vivencia?
3. ¿Qué actitudes, personales o sociales, no favorecen la posibilidad de un cambio posible en la sociedad y en la Iglesia?

### **Oración**

Señor Jesús, tú nos revelas el secreto  
de la vida íntima de Dios.

Ese misterio es el centro de nuestra fe.

Así como nosotros,  
solo compartimos nuestros secretos  
y las situaciones que vivimos con quienes confiamos;  
de igual modo,  
Tú nos has compartido  
la profundidad de los vínculos de la familia  
que es Dios.

Nuestro Dios no es soledad.  
Es amor compartido.  
Vínculo interpersonal.

---

<sup>8</sup> RELIGIÓN DIGITAL. VÍCTOR CODINA. *Puertas abiertas, puertas cerradas*. (01.06.2020)

[https://www.religiondigital.org/opinion/Victor-Codima-Puertas-abiertas-cerradas\\_0\\_2235976411.html](https://www.religiondigital.org/opinion/Victor-Codima-Puertas-abiertas-cerradas_0_2235976411.html)

Alianza mutua.  
Unidad en la pluralidad.  
Comunión en diversidad.  
Encuentro, familia y comunidad.

En ese amor que es Dios  
nos vemos reflejados  
y nos sentimos bendecidos y llamados.

Amén.